

ISLA BLANCA

—¿Es cierto que en El Dorado un dios serrano teje una red de oro, Maguiñita?

—Cierto. Y cuando la termine se llevará todos los peces que hay en el mar.

—¿Y por qué hará eso?

—Para castigar a los pescadores, que no saben guardar su plata. Para que aprendan. Para eso.

—¿Tú lo has visto?

—No. Pero sé que allí está, envuelto en esa nube que siempre se asienta sobre la cima de ese cerro.

Era fascinante conversar con Maguiñita. Natural de un pequeño pueblo del Callejón de Huaylas, estudiaba, como yo, en el Politécnico de Chimbote. Aquella mañana de junio, a pesar del airecito helado que anunciaba la proximidad del invierno, llegamos al colegio más temprano que de costumbre.

Sentado sobre el duro asiento de mi bicicleta, que se apoyaba en un pilar del largo pasillo que daba acceso a las aulas, la regencia y la dirección, yo le escuchaba hablar ahora, ya no de Tukaykire, el dios serrano

afincado en la pedregosa crestería del cerro El Dorado, sino de una hermosa joven, alumna del colegio Santa María Reina, a quien mi amigo decía haber visto por primera vez durante la marcha de protesta que los estudiantes hicimos pidiendo universidad.

—He averiguado quién es ella —dijo entusiasmado, golpeando con su llavero el timón de la bicicleta—. Sé que se llama Hercilia Lazarte y que es hija del viejo guardián de la isla Blanca.

—¿Del guardián de la isla Blanca? —no pude menos que sorprenderme.

—Sí —afirmó—. De él mismo. Pero hay algo más: dicen que ella suele bañarse los domingos por la tarde en la parte posterior de la isla, allí donde la mar golpea.

—Pero eso es imposible —dije—. Nadie puede bañarse allí por la fuerza con que el viento empuja las aguas y la forma cómo revientan las olas.

—Es que hay una cosa que tú no sabes.

—¿Cuál?

—Pues que ella suele convertirse en sirena para nadar con la misma soltura de los peces.

—Maguiñita, tú deliras; cómo es que...

—¡A formar, perros! —tronó de pronto a nuestras espaldas la voz agria y odiosa de Shipibo, regente del colegio.

De rostro pétreo, cabello lacio, grueso, bien engominado, mirada dura y desafiante, Shipibo era un hombre que se afanaba por parecer fiero. Todos en el colegio lo aborrecíamos. Era burdo e inflexible en su afán de imponer disciplina.

De un salto bajé de la bicicleta, y cuando me lanzaba ya a correr hacia la formación, Maguiñita me detu-

vo. Estaba aún excitado. Algo más quería comunicarme. Pero no pudo porque, en esos instantes, Shipibo le descargó un feroz varazo por las espaldas.

—¡A formar he dicho!

Todo sucedió en contados segundos. Estupefacto vi cómo mi amigo, ciego de ira, se lanzaba sobre su agresor. Hecho un ovillo rodaron por el piso. Hubo alboroto. Corrieron el director y varios profesores. Los separaron. Y, a sacudones, se llevaron a Maguiñita a la dirección. Un hilillo de sangre discurría de la comisura de los labios de Shipibo. Rojo de vergüenza, acosado por la risa disimulada de los muchachos, se dirigió al baño cubriéndose la herida con un pañuelo blanco.

Nadie se explicaba de dónde le salió tanto coraje a Maguiñita. Todos lo tenían por un tranquilo y tímido estudiante. Ahora, aunque se temía por su suerte, el alumnado en pleno se alegraba de su reacción.

Una hora después, cuando en el aula escuchábamos la clase de matemática del profesor Morante, por la ventana que daba a un espacio libre entre el pabellón de aulas y los talleres, lo vi alejarse, cabizbajo, con los cuadernos bajo el brazo. Llevaba el cabello revuelto, desaliñado el uniforme y, seguramente, una honda pena en el pecho. Quise salir, ir tras él, preguntarle qué había pasado, pero algo así como un sentimiento de culpa me detuvo.

A la hora de recreo, sin poder evitarlo, lloré secretamente: lo habían expulsado.

ESA TARDE, quienes jugábamos básquet en el patio del colegio, éramos los últimos alumnos que quedábamos después de la salida de las cinco.

Con el rostro fatigado, la mirada apagada y muy cansino en el andar, lo vi de pronto asomarse por el umbroso pasillo. Al cabo de un mes volvía a verlo. A pesar de mis indagaciones, durante ese lapso no había tenido ni siquiera noticias de él.

Se cuidó, situándose detrás de los pilares, que los demás muchachos no lo advirtieran.

Cuando por fin se percató de que yo lo había descubierto, me llamó con un ademán de la mano. Pretextando ir al baño, abandoné el juego.

DESDE LA Panamericana, en el barrio de Villa María, hasta el mar, hay una distancia considerable. Para salvarla, Maguiñita y yo tuvimos que caminar algo más de una hora.

Dejando atrás el pampón desértico, llegamos a la playa y avanzamos, siempre bordeándola, hacia el sur.

Imponentes se alzaban, a poca distancia, los cerros El Halcón y El Dorado, en cuyas partes bajas, que terminaban ora formando pequeños acantilados, ora escarpas que se hundían en el mar, los pelícanos y patillos se hurgaban el humedecido plumaje, en tanto recibían, despreocupados, el calorcito tibio que irradiaba el sol débil y opaco de junio.

Ya en las proximidades del primer cerro distinguimos a tres individuos que, tumbados sobre la arena, dormitaban junto a un bote.

—¿Son ellos? —dije.

—Sí —respondió Maguiñita.

Al escuchar nuestras voces, los hombres apenas se rebulleron. A ninguno pareció interesarle nuestra pre-

sencia. Sólo cuando Maguiñita pronunció un nombre, uno de ellos, el que llevaba la frente ceñida por un delgado trapo de color verde, a la manera de un hippie, se volvió a mirarnos; cerró un ojo e hizo un mohín de aprobación observándome.

—¿Con él irás? —dijo.

—Sí —respondió Maguiñita, y volviéndose hacia mí, añadió—: Te presento a mis amigos de trabajo.

El del trapo verde me estrechó la mano, luego de haberse incorporado. Era alto, flaco, de tez morena. Los otros, acholados, musculosos, sentados ya, empezaban a desperezarse.

—Ah, hola —dijo uno alargándome la mano con desgan. El otro sólo se limitó a sonreír con gesto amistoso.

—¿Ya puedo llevarme el bote? —preguntó mi amigo.

—Claro, hombre —dijo el del trapo verde, que parecía ser el jefe—. Ya nos íbamos a ir, y no sabíamos qué hacer con este armatoste.

Se rascó la barriga. La llevaba al aire. Su camisa en la mano flameaba con el viento.

—Bueno —agregó—, nosotros estaremos aquí de seis a seis y media con la carcocha. Supongo que para esa hora ya habrán llegado y estarán esperándonos para cargar con el bote, ¿no es así?

—Sí, claro —dijo Maguiñita—, a esa hora de todas maneras, hermano.

Perezosamente se incorporaron los que no lo habían hecho. Después, cada cual cogió su atarraya colmada de pejerreyes, que aún coleteaban embarrados de arena, se la echaron al hombro y, sin despedirse, encaminaron sus pasos en dirección a Villa María.

EL MAR, de una coloración verdusca poco antes, lucía ahora plúmbeo en una extensión que no abarcaba hasta las islas. Pesadamente volaban a la distancia tres o cuatro pelícanos, dirigiéndose, según podía colegirse, hacia donde una bandada de piqueros chillaba alborozada en torno a algún cardumen descubierto bajo la transparente piel del agua. Nubes de blancura exquisita, tenues, casi etéreas, se derramaban de la cima de El Dorado. Yo pensé en la red de oro que Tutaykire, con paciencia de siglos, estaría trenzando en aquel momento. Iba a comunicárselo a mi amigo, ahora que estábamos cerca de quien tantas veces me había hablado, pero un miedo súbito, como la profanación de algo muy sagrado, me hizo rechazar la idea. Y tendiéndome a su lado sobre la mullida arena, deseoso de dar reposo a mi cuerpo maltratado por la larga caminata, pregunté más bien:

—¿Cómo supieron tus amigos que yo vendría? ¿Tú les dijiste?

Guardó silencio por un instante. El armonioso perfil de su rostro se recortó en el grisáceo fondo de una peña. Por fin habló:

—Yo les prometí que vendría con un amigo. Necesariamente tenía que venir con alguien, si no el bote no me lo daban.

—¿Y por qué?

—Desconfían de que me haga a la mar solo. Dicen que aún no sé remar bien. Cuando les dije que vendría con un vecino de mi barrio que desde hace dos años trabaja en La Ramada pescando en bote, aceptaron.

—¿Y qué pasó con tu amigo? ¿Por qué no vino?

—¿No vino? —dijo sonriendo—. ¿Quién dice que no vino? —añadió casi soltando una carcajada ya.

—¿Qué pasa? ¿Por qué te ríes? —y soltó la risa.

—¿No ves que eres tú? —dijo finalmente.

—¿Yo? —dije sorprendido—. ¿Estás loco, Maguiñita? Yo jamás he remado en el mar. Mucho menos en La Ramada. La única experiencia que tengo es haber conducido un bote en la laguna artificial del Vivero Forestal. Pero tú sabes que...

Esta vez soltó una carcajada.

—No te preocupes, hombre —dijo calmándose—. Yo sé remar bien. Vas a ver.

En su voz delgada había un temblor de emoción ahora y un júbilo de esperanza en sus ojos pardos.

—Iremos hasta El Ferrol —dijo—. Allí me esperarás tú con el bote, y yo cruzaré a nado la Bocana.

—¿A nado? ¿Y por qué harás eso si podemos ir directamente a la isla Blanca en el bote?

—Es que... —carraspeó— el viejo guardián no deja acercarse a nadie a la isla Blanca. Ninguna embarcación, ni chica ni grande, puede hacerlo si no está debidamente autorizada por la capitanía. El viejo tiene escopeta. Dispara, me han dicho, sin miedo. Por eso desde El Ferrol iré a nado hasta la isla Blanca. Así no se dará cuenta. Ya en la isla, ocultándome entre las peñas, buscaré a Hercilia Lazarte. Será fácil dar con ella.

Yo estaba desconcertado. Su optimismo no lograba contagiarme.

—¿Pero estás seguro de que la encontrarás allí?

—Completamente seguro. Ningún domingo deja pasar Hercilia Lazarte sin visitar a su padre. Y es que es el único día que puede llevarle sus víveres. Dicen que el día entero lo pasa allí, estudiando, bañándose o, simplemente, paseando. Hasta que a eso de las seis de la

tarde, un remolcador de la capitanía la traslada de vuelta al muelle.

El viento que venía del mar se traía el olor salobre de las aguas. No era un viento fuerte como el que arreciaba otros días a esa misma hora. Era un viento moderado que generaba en el agua ondulaciones bajas y tranquilas.

—Francamente —dije—, si fuera por mí, yo no iría ni a El Ferrol, Maguiñita. Tengo cierto temor. Yo he navegado en pangas desde los muelles hasta donde las lanchas yacen fondeadas y, aunque es corta la distancia, he sentido un miedo atroz cuando vientos fuertes intentaban voltearlas.

—Sí, claro, es peligroso cuando se corta directamente las olas, pero nosotros navegaremos casi de costado, bordeando la bahía. El cerro y las islas nos protegerán del viento. Ya verás. No te preocupes.

Era indudable: estaba decidido.

—Dime —insistí—, ¿por qué ninguno de tus compañeros de trabajo quiso acompañarte?

—Porque es domingo. Y ellos jamás quieren pasar los domingos por la tarde en el mar. En estos momentos deben estar dirigiéndose a tomar y comer a alguna picantería de Villa María.

Se puso de pie.

—Hemos descansado bastante —dijo—. Es hora de partir.

Me levanté y caminé despacio, a la zaga, pensativo y temeroso siempre.

—¿Nunca has ido a esperarla a la salida de su colegio?

—¿A quién? ¿A Hercilia Lazarte?

—Sí.

—He ido varias veces. Pero no he podido abordarla porque siempre está acompañada de sus amigas; y yo me azareo, hermano. Hasta ahora jamás he podido encontrarla sola.

—Pero ¿te conoce?

—Pienso que sí. Varias veces me ha sorprendido observándola en la calle; pero no podría asegurar si mi figura se le ha grabado o no.

—Entonces, si no te conoce muy bien, a lo mejor al verte en la isla llamará a su padre.

—No creo. Ya verás cómo la convenzo. Ahora ayúdame a rodar el bote.

Con un poco de fuerza, el bote lamió la resaca y aligeró su peso.

—Vamos, sube.

Tan luego salté al bote, empezó a remar dueño de un extraño furor. No enfiló por el lado de los cerros, como dijera en un principio, sino de frente hacia la isla El Ferrol. Sólo entonces me di cuenta que, después de todo, esto era lo más conveniente, ya que si arreciaba el viento, aquí sólo había el peligro de voltearse; pero allá, el de estrellarse contra las peñas.

El Dorado se iba quedando lejos sin que pudiéramos saber lo que acontecía en su cima. Ahora yo lo veía hermoso, bañado de luz blanca por el fuerte sol. Maguiñita parecía ausente del mundo. Sus ojos miraban, pero no veían. Remaba y remaba furiosamente sin pronunciar palabra. Su mente debía estar ocupada en la esbelta y grácil muchacha de sus sueños, a quien yo me la imaginaba de cabellos cortos, semblante pálido y mirada bondadosa.